

HACER POSIBLE LO IMPOSIBLE

Preocupado. Así me sentía desde hacía casi las dos semanas que llevaba en El Aaiún haciendo un voluntariado médico con Caritas. Todas las noches, cuando rezaba, le pedía a Dios lo mismo: que pudiera verme a través de las personas que se cruzaban en mi día a día. Y no pasaba. Pero Dios, en su infinita paciencia, me tenía reservado ese privilegio para un domingo. Esta fue la segunda vez que me topé cara a cara con el Señor en El Aaiún.

Para ponernos en contexto, yo pasaba una consulta médica en un local de Caritas. Allí iban pacientes que no podían permitirse pagar los medicamentos que los médicos les habían recetado o las derivaciones a otros especialistas o simplemente se sentían más seguros yendo allí. Era jueves y uno de los encargados del espacio de los niños, donde se pretende darles una cierta educación a los niños que no están escolarizados, me trajo a un niño. Tenía 5-6 años, no mucho más.

Me lo traía porque le dolía mucho la muñeca y el responsable estaba preocupado por si se le podía haber roto algún hueso. Hablé con él. Noté en sus ojos lo que quería: que alguien le prestara atención unos minutos.

Me dispuse a explorarle, le palpé e hice maniobras que me indicaron que no estaba roto. El responsable se tranquilizó. Pero el niño seguía con esa mirada. Fui a la sala donde teníamos la medicación, cogí crema y le di un masaje en la muñeca para calmarle el dolor. Cuando terminé, el niño salió corriendo de la consulta como un loco en busca de sus amigos, con una sonrisa que parecía imposible

Pero ese no fue el momento de encuentro con el Señor. El verdadero encuentro fue cuando, el domingo después de la misa, un niño se me acercó por la espalda corriendo en un desayuno que habían organizado para explicar el jubileo de la esperanza.

El abrazo no llegó mucho más arriba de la rodilla. Cuando me giré a verle la cara, era él. El mismo niño que había atendido días antes. Me había reconocido. Estuvimos jugando un rato, pero volvió con su madre. Mientras yo conversaba con distintas personas, se me acercó de nuevo este niño con una sorpresa en su puño: un trozo de la galleta que estaba comiendo. Posiblemente fuese para él un tesoro. Me estaba dando parte de un tesoro. Y me invitó a probar el dulce que tanto placer le estaba dando al paladar. Repitió esta acción con todos los dulces que su madre le dejó probar. En ese primer compartir me di cuenta que Dios estaba en ese niño, que me devolvía en la ternura de un niño, en un trozo de su valiosa galleta, el cariño que yo le había dado. "Porque cuando tuve sed, me disteis de beber". Y ambos, el niño y yo, teníamos sed de algo.



Cuando haces de tu vida un instrumento de Dios y permites que Dios entre en tu vida y sea el centro, cuando le pones tu día a día en sus manos, hasta el más pequeño momento del día, Dios obra en ti. ¡Qué grande el Señor que nos ama y nos permite amar! Porque, a ese niño le hice posible lo imposible; haciendo él para mí posible lo que yo consideraba imposible.

Julián Llorente Díez
Médico voluntario